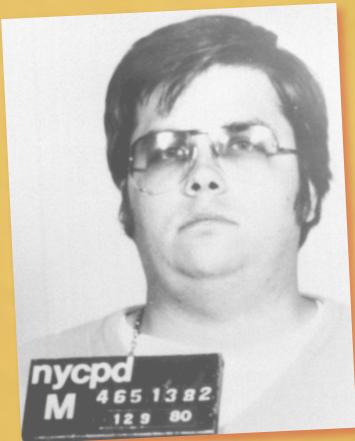


8/12/1980



Carpeta
Chapman

R.R.O.

René Rueda Ortiz

Carpeta Chapman

Diciembre de 2020

Un texto es un conjunto de signos,
pero también es una liebre disecada.

P. Dögordor

Una roca no toma una decisión
mientras está cayendo, cae y eso es
todo.

Herbert Mullin

Track 1: un día definitivo

“Hoy leí las noticias, oh, muchacho, sobre un afortunado que alcanzó su meta...”, así comienza *A day in the life*, esa canción que, hace muchos años, en un concierto, un vocalista interpretó luego de proferir un anuncio estremecedor: “Queridos asistentes, nos informan que acaban de matar a John Lennon”.

Mi padre me había llevado a ese concierto para que yo escuchara “la música más bella del mundo”. Era una plaza de toros repleta de gente con camisetas que decían *The Beatles* o que mostraban los rostros de los cuatro. El anuncio me persiguió a lo largo de los años, hasta que abrí una biografía de Lennon. Así me enteré de que murió el 8 de diciembre de 1980, cuatro años antes de mi nacimiento.

El vocalista aquel debió decir que estaban allí para conmemorar el día de la muerte de John: su definitivo día en la vida.

Track 2: estudio

Los admiradores del cuarteto, o de Lennon, suelen mirar en el 8/12/80, una cifra terrible: “el tajo de una vida dedicada al mejoramiento humano”, “la muerte de un sueño” o “una clara muestra de la inexistencia de Dios”. ¿Por qué Lennon, quien supuestamente decide utilizar su imagen para “propagar las ideas del pacifismo y la justicia” recibe, como premio, cuatro balazos en la espalda? Hay respuestas numerosas, incluyendo las de Mark David Chapman, su asesino: “Fue una decisión horrible. Pensaba convertirme en famoso, en cambio me convertí sólo en un asesino” dice, apelando a la falsedad, en una de tantas.

El problema de las respuestas para este tipo de cuestiones, es que, cuando son auténticas, también son severas y, quien las profiere, corre el riesgo de pasar por indolente o, en el peor de los casos, loco de atar.

Son respuestas que, al insinuarlas, provocan cierta indignación que se explica mediante la condición beatona o, para usar un término legitimado por la psicología trascendental, mediante el principio de negación por semejanza¹, pues dichas respuestas subyacen amordazadas en toda alma; helas aquí:

- 1) Chapman mató a John, porque un verdadero fan se debe por entero a su ídolo.

¹ Respecto a este principio, Nestore de San Martín escribe que: “[...] los usos y costumbres de una sociedad sirven, principalmente, para encubrir hechos antiguos. Los crímenes de honor en la región de Arkángelsk durante el siglo XVIII; las limpiezas étnicas durante la Segunda República Española y los feminicidios avalados por la mayoría de los habitantes de la ciudad de México en el año de 1857, son ejemplos de costumbres que pasaron de la legitimidad a la infamia o que cayeron en el presunto territorio del olvido. No obstante, permanecieron en la memoria colectiva ya no como recuerdos o lugares de la historia, sino, permítaseme el empleo, como reacciones automáticas ante lo atroz”. *Ruge. Modelos de cuestión*, Azar, Madrid, 2006, p.67.

La admiración se convierte en amor y el amor deviene sacrificio.

2) Cuando un verdadero fan está cara a cara con su ídolo, no tiene otra opción que entregarlo a la inmortalidad, y esto no es un invento de la cultura pop (CP) —también conocida como cultura del espectáculo—; se sabe desde Judas Iscariote.

3) El objetivo de Lennon era ser asesinado.

Imagino a la CP como un abismo donde, en una de sus orillas, se encuentran los espectadores y en la otra, las “estrellas”. Cuando un espectador brinca el abismo, se mira demeritado por entero: ante la estrella es poca cosa, de modo que vive una experiencia de pánico que la misma CP ha sabido encausar hacia una especie de arrobamiento. No obstante, aunque dicho encausamiento ha resultado benéfico para los intereses de la CP,

de modo que cada quien (espectador y estrella) asume el lugar que se le asigna, se pasan por alto ciertos acontecimientos que suceden entre el pánico del principio y el supuesto arrobamiento y que, en determinado instante, son serios detonadores de un crimen espectacular:

- 1) Comportamiento histérico.
- 2) Confianza en el destino, pues cumple los mayores anhelos.
- 3) Ganas de desaparecer, porque el estar ante la estrella es la cima de una vida fan.
- 4) Deseos de que el tiempo se detenga.
- 5) Deseos de matar a la estrella.

Resulta que, en el momento en que se establecen ciertos paradigmas (a las estrellas se les pide autógrafos; se coleccionan sus productos —discos, libros o residuos corporales— como tesoros invaluables; se les dispara sólo con cámaras fotográficas, etc.), lo

que se hace es levantar un cerco que apela al pacto de entretenimiento y a las buenas costumbres: “Las estrellas son espejos, catalizadores del tiempo y lugar en donde surgen”.² Si seguimos la idea de Zarpatov, podríamos convencernos de que un espejo roto no sirve de mucho, a menos de que la grieta provenga directamente de aquello que refleja. Aún con eso, los paradigmas CP asientan que las estrellas alcanzan relevancia en casi todos los teatros de la vida: bien sobre un escenario, bien ocultas tras gorras o capuces en centros comerciales o en concurridas plazas; los espectadores acceden a sus vidas como se accede a un texto sagrado o al atrio de un templo. Los paradigmas CP hablan de que las estrellas viven para brillar y

²Nicolai Zarpatov. *Estrellas del abismo*, Anarante, Salamanca, 2013, p. 70.

que sólo ellas mismas o, en todo caso, la muerte, puede apagarles la luz.

Pero con los paradigmas nacen ciertas ideas que los refutan, en el caso de John Lennon y Mark David Chapman, la idea del misionero. Atávica y marcada a fuego en el imaginario multitudinario, cuando esta idea se materializa, cambia la historia de los héroes, de las naciones y, sobre todo, de aquellos que antes de la materialización no tenían nombre. Ejemplos de “sin-nombre”: Yigal Amir,³ Nathuram Godse,⁴ Balthasar Gérard.⁵

³ Se convirtió en el matador de Yitzhak Rabin el 4 de noviembre de 1995.

⁴ Cobró la vida de Gandhi el 30 de enero de 1948.

⁵ Asesinó al separatista Guillermo de Orange el 10 de julio de 1584.

El misionero encarna, como pocos, la noción del “uno en sí mismo”;⁶ al cumplir con su tarea, despidió una estela que envuelve a aquellos que le han servido de escaños. En clave CP, el misionero acrecentaría la luz de la estrella: la haría menos vulnerable al efecto del tiempo. Comprendido esto, se puede replantear, verdaderamente, la ecuación Chapman-Lennon. Hagamos los ajustes pertinentes, sin lágrimas u otros arrebatos emocionales:

El 8/12/80 se produce el segundo y definitivo encuentro entre misionero y estrella. Chapman y Lennon sufren mutaciones: John es, de pronto, a los ojos del misionero, una prostituta de gafas redondas y

⁶ Véase Elías Pazuz. “Se ha visto que el misionero es encarnado por su denominador al punto de que la persona anterior desaparece. [...] si algo es el misionero, es la misión”. *De luciérnaga y marca*, Ediciones Eme, Buenos Aires, 1990, p. 122.

largo cabello que huye de su pragmático lenón: el misionero mismo, quien, elevado a la categoría de dios —no en virtud del revólver que empuña sino de su decisión—, la acribilla. Ese dios que es Chapman no es sino un constructor de caminos bastante profesional: no permite ninguna clase de alteración en sus obras, ni siquiera una pequeña fisura. Un mal día descubre que su obra mayor —una autopista por donde pasarán los *rockstars* del futuro— se desvía por culpa de un acontecimiento externo: un subalterno que no comprendió los planes, una máquina mal manejada o incluso un accidente natural insalvable. Entonces, el constructor se ve obligado a emprender la destrucción de su amada carretera, como un artista inconforme o un atleta que se harta de su gloria y la dinamita con un crimen maestro,

o como un padre que, cumpliendo el antiguo mandato de Saturno, devora a su hijo.

Eso es, Chapman es, en clave CP, el padre de John Lennon; el que planea y ejecuta efemérides más preciosas que el nacimiento del músico británico: su muerte, su resurrección y su inmortalidad.

La CP cree que la inmortalidad no solamente es una denominación presurosa al momento de bautizar los matices del éxito, sino también una marca fronteriza; un intento por jalar al resto de las manifestaciones humanas hacia el redil CP. Basta que un nombre no se olvide en el transcurso de unas cuantas décadas para declararlo inmortal, y la muerte de John, lo sabemos, lleva (cuarenta) saludables años.

Cada vez que llega el 8/12/80, los fanáticos ofrendan veladoras, flores y toda clase de baratijas afuera del edificio Dakota,

lugar en que nuestro héroe residía, cuando el otrora cristiano renacido, Mark David Chapman, lo inmortalizó.

Track 3: MDC

Se trataba de un hombre regordete, cuya estatura era menos intimidante que su pausada voz de pastor y que su mirada nerviosa que a veces parecía atender felizmente cada gesto del mundo y a veces parecía anhelar su destrucción.

Era mediocre y lo sabía, se lo repetía cada mañana al despertar y cada vez que — en su trabajo como guardia de seguridad— abría el portal para que la gente importante cruzara. ¿Cuántas veces intentó ingresar a la universidad sin conseguirlo? Más de una. ¿Cuántas, rescatar a una porción de la humanidad mediante el amor al prójimo, que era, en resumidas cuentas, el amor a uno mismo? Allí están sus colaboraciones con la iglesia presbiteriana y con el Castle Memorial Hospital como respuestas. ¿Cuántas veces se acostó con el deseo de que al despertar fuera otro?

Muchas, casi desde el momento en que empezó a codiciar los trofeos proclamados por el mundo brutal que le había tocado en suerte. El último hombre que quiso ser fue John Lennon.

Más o menos desde principios de 1979, Mark rezaba todas las noches frente a una imagen de cuerpo entero de Jesucristo en la que, no obstante, el rostro original había sido sustituido por la cara de Lennon. Allí, el entonces guardia que había emprendido un viaje alrededor del mundo para buscarle un sentido a su existencia le imploraba a su dios personal: “Quiero ser tú”.

Invariablemente, a las 5.30 de la mañana, el reloj despertador sonaba muy cerca del oído de Mark, quien se levantaba y corría hacia el espejo del baño, donde se volvía a encontrar con ese rostro mofletudo,

miope, y con ese pelo lacio dolorosamente distinto al del bien escarnecido.

Finalmente, Mark pensó, gracias a una retorcida pero infalible lógica, que si no podía convertirse en Lennon, tenía que estar, de algún modo, presente en su origen, aunque eso significara abofetear al tiempo, alterar el orden acordado, violentar al destino.

A partir del 27 de noviembre de 1980, Mark no se hincó más ante la imagen de Jesucristo, sino que se paró frente a ella y le dijo: “Voy a ser tu padre, tu jefe, tu mandón, tu dueño, tu lenón”. Fue así como Chapman asumió, sin que nadie se lo pidiera, o tal vez sí, el papel de Maestro De Ceremonias de la mortal estrella: John Lennon, el Beatle favorito, el mártir.

Track 4: revólver

Hoy en día, el asesino de John demuestra que el Sistema es capaz de corromper hasta a los espíritus más genuinos, pues asegura estar arrepentido de su crimen. Con dicha declaración, Chapman ha ablandado la inmortalidad del ídolo. La historia de Lennon y Mark reclama, como todas las historias que se trivializan por obra y gracia del arrepentimiento, la ayuda de la ficción.

Digamos que, desde el momento en que MDC lo vio, en el aparador de una armería hawaiana, supo que algo extraordinario habitaba en aquel cuerpo de fierro esmaltado. Ya no tuvo ojos para revisar otros modelos. Se dirigió al dependiente y realizó el pedido. No ganaba mucho como guardia de seguridad, de modo que la adquisición de aquel revólver representaba un lujo. Por otro lado, hacía tiempo que se sentía

perseguido por una sombra: la veía tras de las puertas y al doblar las esquinas; entre los árboles de los jardines y, en ocasiones, casi la podía sentir sobre su hombro. Terminó por creer que se trataba de la sombra de Cristo quien lo perseguía para recordarle su traición, “porque un buen creyente, David, le decía su madre, un buen creyente no abandona a sus hermanos”. Y él los había abandonado para emprender un viaje por algunos países del mundo.

Y aunque en principio, MDC había emprendido aquel viaje con el propósito de “encontrar la paz espiritual en el socorro a los demás” según sus palabras; lo que verdaderamente encontró fue algo genuino: un par de zafiros engastados en las cuencas de un chacal de oro en una galería del Museo Británico.

Cada vez que MDC recordaba su pequeña estancia en Londres, la imagen de aquellos ojos saturaba su memoria; nada era más importante que ellos, ni la terraza del número 3 de Saville Row, ni el New Clubmoor Hall donde Lennon y McCartney hicieron su primera presentación en un escenario, ni Liverpool entero, con toda su carga de significaciones.

Esos ojos de zafiro eran su recuerdo más vívido porque, estaba seguro, habían penetrado en su cerebro y allí, entre un puñado de neuronas semejantes a constelaciones, habían proyectado visiones del futuro. Una de tantas, mostraba a MDC en medio de una multitud que coreaba: “Picture yourself in a boat on a river...” mientras sobre un escenario lleno de cables cuatro jóvenes discípulos de Cristo, escribían un nuevo evangelio a base de guitarras, bajo,

batería y voces: The Beatles. Pero, a la mitad de “Lucy in the sky with diamonds”, sucedía algo terrible, George Harrison, entre convulsiones, azotaba en el suelo, la música se detenía, un enorme “oh” se repetía de boca en boca, John dejaba su guitarra en el suelo para auxiliar al caído, mientras que McCartney pedía calma y “algún maldito músico que afine al descompuesto”. Gente vestida de blanco subía al escenario y conducía al aquejado hasta una ambulancia, pero éste, en un destello de coraje, se zafaba de sus rescatadores y cogía un micrófono: “El espectáculo debe seguir. Que alguien me supla” decía. Y Lennon secundaba las palabras de su compañero con aplausos y una solicitud para el público: “Sé que estás ahí, sé que los nervios te consumen y que guardarás tu mano cuando solicitemos al guitarrista; al

sustituto de George Harrison que, si el destino lo quiere, bien puede convertirse en el quinto de nosotros...”. Hasta aquí la visión.

La realidad era muy diferente, MDC nunca pudo asistir a un concierto de The Beatles. Cuando la banda se separó, él era un adolescente de ánimo receloso que odiaba a su madre secretamente y que había comenzado a escuchar ciertas voces dentro de su cabeza; dos, para ser exactos, una fuerte y una débil a las que mantuvo a raya casi diez años.

Cuando MDC entró a aquella armería de Hawái, las voces comenzaron a hablarle. “Compra un rifle” decía la débil. “Es mejor que nos vayamos de aquí” sugería la fuerte. Cuando MDC posó su mirada sobre aquel revólver .38, la voz fuerte sólo atinó a

exclamar: “¡Es hermoso!”, mientras que la débil dijo: “¡Es perfecto!”.

Recogió el arma una semana después. Camino de su departamento, MDC deseaba que “ojalá el revólver se estuviera quieto”. Lo había comprado por hermoso y perfecto. No se le cruzó por la mente tirar contra algo o alguien, hasta que sintió de nueva cuenta aquella sombra que frecuentemente lo perseguía. Era una sombra que bien podía ser la de Cristo, pero también la de John Lennon.

Track 5: una vida interesante

Se dice que, en algún momento, puede ocurrir un suceso capaz de cambiar el curso de nuestra existencia, súbitamente y por entero. Hay quien afirma que el comandante Zeljko Rasnatovic estaba destinado al sacerdocio, pero que a los trece años se extravió en los Alpes Dináricos y, cuando lo hallaron, su carácter había cambiado: se volvió devoto de las armas y de la guerra, para luego convertirse en uno de los mayores genocidas del siglo XX.

El suceso que cambió el curso de mi existencia ocurrió cuando tenía seis años. Vivía con mis padres en una casa de dos plantas provista con un jardín trasero que lindaba con un cerco de frondosos pinos. Por las tardes, luego de comer, yo corría hasta aquel jardín y acomodaba un pequeño pupitre junto a una represa que mi padre había

mandado construir para alojar peces de colores.

Durante horas dibujaba autos, animales, paisajes, gente y, mientras lo hacía, mi imaginación hilvanaba pequeñas historias; mi imaginación asistida por el murmullo de las canciones que brotaban de un aparato de sonido situado en la sala: casi siempre eran canciones de The Beatles.

La mayoría de las tardes, aquellas canciones imponían el estado de ánimo de la casa; que era una especie de templo donde no se permitía más sonido que el producido por el cuarteto sagrado. Alguna vez le pedí a mi padre que me hablara de The Beatles. Él extrajo de su billetera una fotografía con cuatro rostros y me dijo: “Este es John, este Paul, este Ringo y este George. Pon atención a sus canciones y no necesitarás saber más”.

Quizá por eso, cada vez que la música comenzaba a sonar, mi alma se predisponía al embate de las guitarras, del bajo; del grito de un gallo, de un tambor, de trompetas que me trasladaban hasta un territorio ideal donde yo conocía a cada persona, desde el panadero de la esquina hasta los cuatro músicos que habían llegado “para interpretar al mundo”.

La tarde en que me ocurrió el suceso, mi padre anunció que no llegaría a casa. Por costumbre, apenas terminé mi comida, me dirigí al jardín. Desde el primer momento eché en falta las canciones de The Beatles; sólo era posible oír el golpeteo del viento contra los pinos, el boqueo de un pez en la superficie del agua.

Había terminado de dibujar una calle y en la calle a un auto parado y, dentro, a un tipo con la cabeza destrozada. De pronto, mientras elegía el rojo más intenso para pintar la

sangre, de entre el cerco de pinos salió un hombre de largo pelo castaño y gafas redondas, delgado como Cristo, de sucia camisa, jeans rotos y mocasines color café que si no era John Lennon, se le parecía bastante.

El recién llegado se aproximó al pupitre y contempló mi dibujo.

—Así comienza “A day in the life”— dijo. Luego apuntó, en tono desinteresado—: soy el diablo.

El llamado señor de las tinieblas me contó que, hace muchos años, tuvo la inquietud de vivir entre los hombres de un modo más... “encarnado”, por lo que el 8 de octubre de 1940, emprendió la búsqueda de una parturienta. Recorrió Japón, Italia, Alemania y Finlandia, pero ninguna lo convenció. Así, pese a la aversión que los

“Aliados” en la II Guerra Mundial le provocaban, voló hacia Inglaterra.

Sobre Liverpool, los destellos de un incendio llamaron su atención. Bajó a las calles para respirar los aromas del miedo y de la desesperación. Entre los escombros y los gritos y la noche, miró que dos mujeres caminaban de prisa: la que parecía más joven sostenía a la otra, de vientre abultado y rostro huesudo, con ojos crueles y amplia frente. Un rostro como los que el diablo prefería, de suerte que se convirtió en materia ectoplásmica e ingresó en aquel vientre. Ya dentro, devoró al nonato y se dispuso a nacer en su lugar.

De ahí las cualidades de Lennon, y su fama y la afirmación de que The Beatles eran más famosos que Jesucristo, y no creo que al afirmarlo haya pasado por alto el parecido físico que tenía con el redentor, pero esa es

otra historia. Lo que siguió aquella tarde en que John Lennon me visitó, fue su oferta:

—Dibujas bien, muchacho. Estoy dispuesto a pagarte un precio muy alto por tu alma—. En esos momentos, dado que yo era un niño bondadoso, sólo pensé en que el diablo me pagaría bastante dinero. No dudé de sus palabras ni corrí en busca de mi madre o de la criada, quienes constantemente me decían que no hablara con extraños.

El que estaba ante mí era el “músico más maravilloso del planeta”, según mi padre y creí que, con el mucho dinero que me pagaría por mi alma, yo podría cumplir los anhelos de mi progenitor: “Volar rumbo a Liverpool, hijo mío. Visitar los sitios donde la historia comenzó, desde el New Clubmoor Hall donde John y Paul hicieron su primera presentación, hasta la terraza donde The Beatles ofrecieron su último concierto. ¿No

sería maravilloso tener el dinero para ir a esos lugares míticos?”.

La voz de John me sacó de mis cavilaciones:

—En qué quedamos, entonces, ¿me la vendes o busco a otro chico más valiente?—, dijo, y yo, temeroso de que cumpliera su amenaza, respondí que sí. Él sonrió, complacido, luego hurgó los bolsillos de su pantalón y puso cara triste.

—Deben de haber sido las ratas. Lo siento, no traigo efectivo, pero te firmaré un disco y te daré algo más grandioso que el dinero, ¿qué opinas?—. Por segunda ocasión respondí que sí. Su sonrisa se abrió en algo que parecía un tajo de cuchillo. Pude apreciar que tenía unos colmillos capaces de perforar cualquier cuello. Puso una mano sobre mi cabeza y me agitó el pelo amistosamente.

—¡Tú sí sabes! Dame uno de tus discos.

En una reacción instintiva, corrí hasta el salón estudio y agarré *Please, Please Me*, que presenté ante el diablo.

—Yo habría elegido una portada que tuviera un gran espacio blanco, pero es tu elección. Dame un bolígrafo—. Le di una de mis crayolas.

—¡Muy bien!— gritó—¡Me gusta!, aquí tienes. Ahora te daré aquello más valioso que el dinero, aquí va, toco tu frente y te doy la promesa de una vida interesante. Ya está. Ahora tu alma me pertenece. Nos vemos—, dijo y se marchó tarareando “A day in the life”.

Tenía plena confianza en que el diablo cumpliría con su promesa, pero jamás creí que tan pronto, los signos de la “vida interesante” se manifestarían. Cuando me

senté en el pupitre, me di cuenta de que John se había llevado mi dibujo, entonces comencé el que, tiempo después, se conoció en el mundo entero como “El primer eslabón” y que no es más que mi primer autorretrato.

El espacio de “El primer eslabón” es el jardín mismo, allí, junto a la represa, estoy yo. Llevo la ropa que portaba aquel día. La tristeza de mi rostro, a decir de la crítica especializada, sólo puede dar la idea de un niño en un funeral. Pero no, yo estoy en el jardín y no estoy solo: John Lennon me sostiene de la mano y sonríe como un hombre que ha realizado cada una de las metas que se ha propuesto.

Lo más raro de “El primer eslabón”, según la crítica, es que haya sido ejecutado por mí, cuando tenía seis años. Algunos expertos señalan que he inventado ese cuento para llenar de mitología mi carrera. Otros se

han contentado con decir que se trata de una licencia totalmente justificable en un genio y otros, una minoría, me creen.

A mí no me interesa ninguna de las opiniones. Siempre he dicho la verdad y, la verdad, lo único que me importa de “El primer eslabón” es que fue la primera señal de la vida que el diablo me prometió; en el momento en que lo terminé, escuché una serie de llantos provenientes de la casa. Fui a curiosear. Al entrar al cuarto de visitas, vi que mi madre y la criada lloraban. La primera idea que atravesó mi cerebro fue que lloraban por mi alma perdida, pero las palabras de mi madre revelaron el motivo real:

—¡¿Por qué mi esposo, por qué?!— chillaba. Yo me sentí mareado y me sostuve de la cintura de mi madre. Le pregunté qué había ocurrido y me dijo que mi padre se

había ido al cielo. Quise saber cómo, pero ella no me respondió.

Al día siguiente, mientras almorcábamos algo, la voz del noticiero radiofónico habló de la muerte de mi padre: “se había volado los sesos dentro de su automóvil, ya no se dio cuenta de que el semáforo había cambiado. Una multitud se había quedado allí mirando” y, aunque la noticia era bastante triste, yo me eché a reír.

Mi madre me abofeteó. Luego me abrazó y lloramos juntos. No recuerdo bien cómo fueron las primeras horas luego de que tuve conciencia de mi orfandad. En mi cabeza sólo rondaba, como una mosca, la idea de que John tenía algo que ver con esa muerte.

Las canciones de The Beatles dejaron de sonar en la casa, mientras que yo, postrado en mi eterno pupitre, no paraba de hacer dibujos que guardaba con recelo. Al paso de

los meses, nuestros muebles desaparecieron entre un vaivén de camionetas, cuyos choferes daban a mi madre algunos billetes.

Al cabo de un año, ella me dio una noticia:

—He vendido la casa.

Un tío, dueño de un camión, nos ayudó a mudarnos a un minúsculo departamento. Antes de salir por última vez de aquella casa, corrí hasta el jardín trasero y me despedí de la represa colmada de peces, del pasto y del cerco de pinos del que John Lennon había salido para hacer un pacto conmigo.

Mi madre me asignó uno de los dos cuartos que poseía el departamento. Instalé mi pupitre junto a una ventana y me dispuse a llevar una existencia en la más absoluta soledad. No contaba con que en ese preciso año, ingresaría a la escuela primaria.

Tuve que ir a regañadientes, para aprender cosas que no me interesaban, siempre con la añoranza puesta en mi pupitre, en el cual solía dejar obras inconclusas.

Una mañana, mientras me aburría en la escuela, a mi madre se le ocurrió asear mi cuarto. Dio con mis dibujos y se asustó, porque los trazos eran tan perfectos y los colores tan vivos que, de pronto, según me dijo, le pareció que estaba viviendo con un ser anormal. Si en ese entonces mi vocabulario hubiese sido más amplio, le habría contestado que la palabra que buscaba era: “genio”, y si le hubiese tenido un poco de confianza, le habría contado lo de mi encuentro con John.

Luego de mirar los dibujos una y otra vez, mi madre llamó por teléfono al novio que se había conseguido por entonces. Aquel, sin demora, vino al departamento. Siempre me resultó antipático, pero reconozco que fue

él quien advirtió mi talento: “Tu madre me recibió con cara de espanto. Tú estabas en la escuela. Para calmarla, le metí la lengua en la boca. Después me enseñó tus dibujos. ¡Jesús!, exclamé. Si él los hizo, seremos ricos”, me confesó durante mi octava fiesta de cumpleaños; para ese tiempo, habitábamos una mansión comprada con el dinero que provenía de la venta de mis dibujos. Por aquel tiempo, los únicos divertimentos de mi madre consistían en tomar el sol con su novio, junto a nuestra espaciosa alberca y recaudar el dinero que exquisitos coleccionistas pagaban por mi trabajo. Yo me pasaba la vida pintando, ya fuera en mi estudio o en programas de TV que me presentaban como el “Mozart de la pintura”.

A la par de mi precoz carrera, me convertí en coleccionista de todo cuanto tuviera que ver con The Beatles. El día en que

decidí tomarme unas vacaciones para asistir a uno de sus conciertos, anunciaron su separación. No importa, me dije. Acababa de cumplir diez años y ejecutaba dibujos y pinturas cada vez más violentas. Hubo quién me dijo que la sangre de mis destripados y decapitados era tan real que rezumaba, yo contesté que era simple óleo rojo intenso.

Cuando me llegó el cambio de voz, un crítico de arte decidió rebautizarme como el “Terrible Picassus”, porque pintaba cerca de trece horas diarias y mi pintura había evolucionado hacia lo “sólido-sangriento”.

En 1976, la conductora de un programa de TV me cuestionó sobre mis preferencias musicales, yo le contesté que, desde pequeño, sólo escuchaba las canciones de The Beatles, pero que los discos en solitario de Lennon, me parecían mediocres.

Después de la entrevista, me dirigí a la mansión dispuesto a ejecutar unos cuantos lienzos que tendrían como tema: la demencia. A un paso de encerrarme en mi estudio, la mucama me avisó que me llamaban por teléfono. Era Lennon.

—Hola, muchacho, ¿qué hay? Tus palabras fueron algo duras pero acertadas. Parece que el que vendió su alma fui yo. En fin, sólo llamaba para felicitarte por tu éxito.

—John! — repliqué — ¿cuándo nos veremos?

—Muy pronto. Lo prometo — dijo y colgó. Pero el ejercicio de la pintura absorbió mi tiempo. Era como un esclavo feliz en su cloaca, o como un ratón imbécil que corre sin parar en el interior de una rueda. Lennon, por su parte, se entregaba a campañas a favor de la paz y a vegetar una vida un tanto boba junto a su horripilante esposa.

Cada vez que planeaba una visita a Nueva York, ciudad en la que Lennon vivía, un nuevo proyecto me retenía en mi estudio. Así, a través de cadenas de desencuentros, llegó esa noche del 8/12/80. Alrededor de las 10.51 pm, sonó el teléfono. La mucama llamó a la puerta de mi estudio.

—Lo buscan, señor.

A pesar de que detestaba recibir llamadas a deshoras, cogí el auricular. Del otro lado de la línea, una voz idéntica a la de Lennon dijo:

—Perdón por interrumpirte. Sólo llamo para avisarte que acabo de morir.

No sé por qué me avisó. Quizá lo hizo para fastidiarme. No tuve que esperar mucho para que la TV confirmara el deceso y aún con ello, me eché a dormir junto a las dos mujeres que disfrutaba desde una semana atrás; agradecido por la vida que había llevado a

partir mi encuentro con Lennon; sin creer que cuatro balazos en la espalda pudieran acabar con su existencia y, sobre todo, confiado en que muy pronto nos veríamos, tal como él había prometido.

Track 6: el quinto beatle

Ayer leí las noticias, oh, pequeño David, sobre un ex secuestrador mexicano condenado a 393 años de prisión, quien ahora es un renombrado autor de literatura infantil.

Su nombre es Dani Arizmendi y firma sus libros como “Orejaflaca”. Sus obras han sido éxitos de ventas en países como México, Inglaterra, Alemania, Brasil y Dinamarca donde, el año pasado, fue reconocido con el premio Hans Christian Andersen en la categoría de escritor.

Las autoridades mexicanas no permitieron que Orejaflaca viajara Dinamarca para recibir el llamado “Pequeño Premio Nobel”. Hubo marchas de protesta y se formó una asociación que, hasta ahora, demanda el indulto presidencial para el escritor bajo los supuestos de que, mediante un honesto arrepentimiento, hasta la más oscura maldad

es perfectible y de que, si bien, Dani Arizmendi causó mucho dolor a sus víctimas, ahora, mediante sus hermosas historias, causa mucha felicidad, incluso entre aquellos que secuestró.

La nota cierra con el recuento de un hecho enternecedor: Dani Arizmendi es visitado en la cárcel por un joven sin orejas que, al encontrarse con el reo, rompe en llanto, lo cubre de abrazos y grita, histérico: “¡Gracias, gracias! ¡Usted me arrancó las orejas, pero me dio alas para volar!”.

Al terminar de leer la nota yo también lloro, David; la historia de Orejaflaca me conmueve: un criminal que se redime y que consigue lo que yo he añorado durante todos estos años: ser amado por el mundo. No de golpe, sino progresivamente, hasta que llegue un día en el que alguien, un productor de música— de preferencia—, se atreva a

intervenir la portada del álbum Abbey Road de The Beatles, para insertar mi imagen de cuerpo entero tras la de George Harrison o delante de la de John Lennon. Sería un momento de tanta felicidad, David, de tanta paz, que hasta accedería a tararear esa desagradable cosa llamada “Imagine”, pues entonces, aquello que hice el 8 de diciembre de 1980, adquiriría sentido. Para la posteridad— no para un simple periodo o moda—, yo dejaría de ser el repugnante asesino, para convertirme, por siempre jamás, en el quinto beatle.

Track 7: nuestro sótano

Muchacho mío, abre los ojos. Esa luz que bate las cortinas no es el último resplandor, sino el sol que nos da los buenos días. En mi prolongado encierro, he visto decenas de películas, he leído cientos de libros, y he escuchado —en un reproductor de discos que me enviaron desde Hawái— las obras completas de The Beatles. También aprendí algunos trucos.

Un ex miembro de las Fuerzas Delta me enseñó a clavar la punta de un clip en la raíz de un cuello cualquiera, y a girarlo— como si se tratara de una llave de cerradura—, y luego ver cómo la vida se extingue en cinco, seis segundos. Un truco exquisito, para quien, además del acto de matar, le interesa hacerlo estéticamente. Yo a veces prefiero la contundencia del revólver.

El truco de andar todo el tiempo con una grabadora colgada al cuello lo aprendí no sé dónde, quizá en una película porno. Si quieres, al finalizar esto puedes quitarme la grabadora y darle “recorrer” para que escuches qué tal quedó. Pero ahora escucha y comprende.

Este día soy feliz. Cuando mis perseguidores logren armar el rompecabezas de mi huida, yo me encontraré lejos y tú saltarás al estrellato. Pienso en los estelares de mañana; tal vez ninguno se atreva a llamarte “heredero”, pero, con el tiempo, serás reconocido con este epíteto. El heredero. Mí heredero; a quien busqué durante años y a quien encontré en un recuadro del *Diario cristiano de Alden* que el director de mi Centro Penitenciario, hacía llegar hasta mi celda todos los días.

Ayer abrí el *Diario* y me dispuse a leer cada una de sus páginas —para conseguir que te vean como a un reo ejemplar hay que hacer estas cosas—. Leí una sección tras otra y me detuve en: “Obras de caridad en Alden”: vi una serie de fotografías donde el gobernador posaba con una multitud de huérfanos a quienes había entregado un donativo. “El gobernador visitó el orfanato federal de Alden, asistió a una obra de teatro y almorcó con los 200 niños que permanecen a la espera de una familia”, decía un pie de foto.

Recordé que la estrella de rock, Brian Ellis, había sido huésped de este orfanato— claro que durante un corto periodo—, luego de que su padre asesinara a su madre. Y fue este recuerdo el que activó los planes que en mi cerebro hibernaban. Así, apenas terminé de leer el *Diario*, me tragué una pastilla que guardaba como un tesoro y comencé a

vomitar estruendosamente. Los guardias, alarmados, entraron a mi celda y me condujeron hasta la enfermería. Allí comencé a convulsionar. El médico a cargo me inyectó varias substancias y perdí el conocimiento. Cuando desperté, ya era de noche y un solo guardia me cuidaba de cerca.

—Necesito ir al baño, muchacho— le dije. Él me guio hasta el baño de la enfermería. Permanecí en el retrete hasta que di con el adoquín suelto tras el que había escondido un clip, hace exactamente un mes. Salí del baño.

En el preciso momento en el que el guardia me preguntó si todo marchaba bien, yo le metí el clip en la raíz del cuello y giré. Después guardé el clip, despojé al guardia de su revólver y caminé a ras de piso hasta la bodega de alimentos que se ubica justo detrás de la enfermería. Palpé el suelo cerca de

media hora hasta que di con un sonido hueco. Entonces desprendí la baldosa y vi el agujero. Bendije al viejo Jack Simmons, quien antes de morir me confesó el secreto mejor guardado del Centro Penitenciario: “Por cuarenta y tres años fui un buen reo. Por eso pude trabajar en esa bodega. Es el mejor lugar de la prisión: no hay cámaras y uno de sus muros da a la calle. En ciertas horas del día, mi vigilante solía dejarme solo y, entonces, yo aprovechaba para excavar un poco usando una pequeña pala que encontré por ahí. Esa era para mí la única manera de irme, dada mi cadena perpetua. El túnel estuvo casi listo al cabo de unos meses. Estoy seguro de que me faltó menos de medio metro para alcanzar la superficie. Para mi mala fortuna, el mismo día en que estuve a punto de terminarlo, me ocurrió el accidente que me dejó

cuadripléjico...” me dijo Jack Simmons en su lecho de muerte.

Me perdí en el agujero de aquel túnel y, metros más adelante, encontré el camino obstruido. Después de patearlo cerca de diez ocasiones, escuché un resquebrajamiento y vi la luz de un farol tras el cúmulo de tierra que me cubrió por entero. Debí de parecer un zombie, por suerte no había nadie alrededor. Eché a andar velozmente hasta alcanzar una vieja carretera. Allí, gracias al revólver, conseguí que un auto se detuviera.

—Llévame al Orfanato Federal— le ordené a la joven que lo conducía. Durante el trayecto no dejó de temblar. Aunque debo admitir que no lloró, a pesar de que todo el tiempo mantuve el cañón del revólver en su costado.

—Aquí es— me dijo, mientras amagaba con estacionarse frente a la puerta principal.

—No pares aquí. Conduce unos doscientos metros más— le respondí. Cuando se detuvo, le pedí que me mirara a los ojos. Ella obedeció. Entonces hundí mi clip en la raíz de su cuello, y giré.

Soy hábil para escabullirme, por eso el personal de guardia no me vio entrar. Lo que siguió fue una búsqueda extenuante y silenciosa en las interminables filas de literas, hasta que por fin, mi pequeño heredero, te vi durmiendo un plácido sueño. Eras el mismo de la fotografía: de nariz respingada, largos ojos y lacio cabello negro hasta las orejas. Acerqué mi boca a tu oreja y te susurré lo que creí más persuasivo, ¿lo recuerdas?:

—Despierta, niño, alguien te ha adoptado.

Tú abriste los ojos, unos ojos en los que pude ver a la ilusión en estado puro. Te pedí que no hicieras ruido y que me siguieras. Cuando estuvimos en el pasillo, te pregunté varias cosas: tu edad, tu color favorito; si el edificio en el que nos hallábamos contaba con sótano, y si estabas dispuesto a llevar una vida de rockstar.

—Muchacho listo— te decía ante cada una de tus respuestas.

No recuerdo si te mostré el revólver antes o después de encerrarnos en el sótano. ¿Tú que piensas? Lo que sí recuerdo es que algunas lágrimas corrieron por tus mejillas y que, luego de eso, te di una bofetada:

—¡Nada comparable a lo que tú me harás, bastardo!— te grité, un tanto alterado. Aunque me calmé al instante.

Lamento tratarte como a un idiota: contándote todo esto que tú ya sabes. Pero estoy obligado a hacerlo, porque, después de todo, esta será la versión de los hechos que legaremos a la posteridad; grabada aquí, en la cinta magnetofónica que hospeda la grabadora que hospeda mi cuello.

Para que no creas que estás dentro de una pesadilla que se repite y se repite o, peor aún, para no aburrirte, hagamos de cuenta que nunca te dije lo que te de dije anoche, de modo que las últimas palabras de este testimonio sean nuevas para tí, aquí van...

¿Te gusta la música de The Beatles? ¿Cuál de los cinco es tu favorito? ¿Qué no sabías que son cinco y no cuatro? ¿Conoces la historia del quinto beatle?, aquel que, despreciando el miedo y la repulsión, decidió matar a John Lennon porque estaba a un paso de convertirse en un jodido monigote marca

Peace & Love. ¿Sabes cómo se llama y dónde está ese quinto beatle?, pues bien, hoy es tu día de suerte, porque he venido a responder a todas tus preguntas y a regalarte algo que vale más que una familia y que todo el dinero del mundo.

El quinto beatle tiene por nombre Mark David Chapman y soy yo. He pasado cuarenta años tras las rejas por culpa de una viuda rencorosa que ha desembolsado fuertes cantidades de dinero para que los jueces no me otorguen la libertad condicionada.

Pero mi tiempo en prisión expiró ayer. Soy el principito Mark, quien sostiene en una mano la cabeza de Lennon y en la otra, un cetro en forma de revólver. Soy el rey David, la honda de la perdición que destruye las botellas adulteradas con el veneno de la bondad. Soy Chapman, el invencible, y vengo a regalarte algo más valioso que una familia:

una mancha en tu alma que te hará inolvidable.

Toma mi cetro. Debes de saber que hay algo mucho más grandioso que ser el asesino de John Lennon, y eso es: ser el asesino de ese asesino. Crea morbo y conseguirás el reino de los cielos. Luego de que aprietas el gatillo, tu vida se llenará de psicólogos, libros y micrófonos, y mi nombre irá ligado al tuyo por siempre. Después grabarás un disco o harás una película. Te saldrán padres y madres de los lugares más inesperados y tú te darás el lujo de despreciarlos.

Con el mucho dinero que tendrás, serás capaz de comprar el cariño que tanto anhelas. Quizá puedas casarte con una modelo, o quizás con diez, una tras otra o todas juntas. El mundo perdonará tus excesos porque serás el huérfano héroe, el justiciero

de los imbéciles y, aunque esta grabación sea difundida por cada uno de los medios informativos y se entienda que no eres sino una pieza del plan maestro de Mark David Chapman; todas esas cosas que te he profetizado se cumplirán, pues sólo hay algo mejor que ser un héroe y eso es: ser una víctima. Y tú serás el pobre niño que fue obligado a hacer algo que no quería.

Toma mi cetro. Ahora, pon tu dedo en el gatillo. ¡Ponlo o te haré un hoyo en la cabeza y otro en el culo! Bien. Ahora, coloca el cañón en mi frente. Ahora, a la cuenta de tres, dispara. Uno... dos... tres... ¿Qué pasa, idiota?, después de esto tu vida cambiará, lo prometo. Imagina que eres un pistolero del viejo oeste o un gangster de Chicago. ¡No llores! Escucha, te ayudaré un poco, a la cuenta de tres, te diré unas palabras mágicas y luego, sin problemas, podrás jalarás ese

gatillo. Aquí va: uno... dos... Eres un aborto, eres un bastardo, eres Mark David Chapman... y nadie, nadie en tu perra vida, te va a adoptar.

ÍNDICE

Track 1: un día definitivo, **3**

Track 2: estudio, **5**

Track 3: MDC, **15**

Track 4: revólver, **18**

Track 5: una vida interesante, **24**

Track 6: el quinto beatle, **42**

Track 7: nuestro sótano, **45**